



REVISTA EDITADA POR LA EXCMA. DIPUTACION PROVINCIAL DE MADRID.

La existencia —ha dicho el poeta— es un juego de nubes. Un juego que, en esta ocasión, quiso captar el fotógrafo artista con filtros especiales para resaltar aún más la belleza de la naturaleza. La foto, el pequeño fragmento que ha quedado impreso en la cámara, tiene fuerza y huele a suelo de Castilla, a tierra con sol; a campo de trigos en flor donde las espigas forman olas inmensas y que ese sol abrasa para que la tierra dé el fruto que alimenta al hombre.

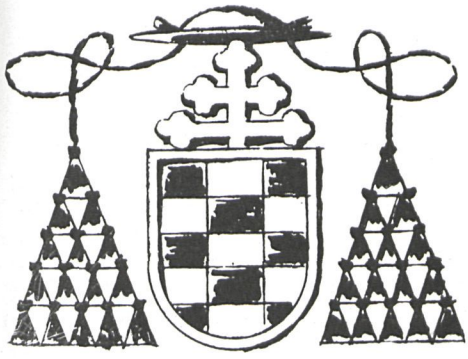
Hablamos, mejor dicho, cantamos un lugar cualquiera de nuestra provincia, a la poesía que promete, a esa cosecha que salta gozosa a los impacientes graneros porque la flor es ya fruto maduro, ese fruto que garantiza una vez más el esfuerzo del hombre, que, fiel al mandato Divino, ha sabido ganarse el sustento con el sudor de su frente.

Esta es la verdad, la gran verdad que cabe aquí, holgadamente, en nuestra contraportada. Las nubes siguen jugando en lo alto como si aminoraran con su indecisa presencia la posibilidad de la tormenta que en una tarde oscura puede romper el duro esfuerzo de un año o, en fugaz pasada, trastornar aporrotadamente todo el contorno, o, para bien general, deshacerse en la lejanía de un cielo que surgirá entonces más claro que nunca. Y mientras tanto, aquí, abajo, en el solar donde se trilla, hay una pequeña pausa en la laboriosa tarea que afana la cosecha hasta los ricos graneros. Una pausa de duda, de temor o de esperanza.

El ganado también participa del merecido descanso. La paz del ambiente, de la bucólica estampa, queda perturbada sólo por el badajo de los cencerros, y el hombre, el labriego, su principal héroe, ha desaparecido, buscando, quizás, la frescura acogedora de una sombra cercana.

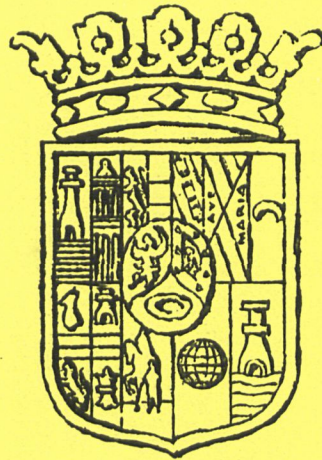
Así ha sido y así será siempre, con esa sencillez natural que hacen tan sencillas y naturales las cosas del campo. Y todos los años y en todas las eras, habrá siempre un momento de sosiego.

Y al mismo tiempo que esos ocultos labradores descansan, protegidos de un sol que puede abrasar, nosotros, sin saber por qué, sentimos el agobio de ese día bochornoso en el que las nubes, caprichosas e inestables, lentas, rápidas o veloces, pueden traer la tormenta que asola los campos o, tras ignorados espacios, desaparecer hacia el infinito haciendo más azul el inmenso azul del cielo de Castilla.



CISNEROS

*Revista editada por la Exma Diputación
Provincial de Madrid*



CRÓNICA PROVINCIAL

Depósito Legal. M.5.684 - 1958

Presidente del Consejo de Redacción

EVGENIO LOSTAV ROMÁN

●
Director

ANTONIO GVLLÓN WALKER

DICIEMBRE
M.CM.LXIII

AÑO XIII

NVM. 28

Sumario

	Explicación de las portadas. Mientras juegan las nubes.	
	Editorial. Frente a una conmemoración	3
M. BARBEITO HERRERA	Acabamiento y mudanza de los palacios madrileños	4
EDUARDO M. DEL PORTILLO	Un centenario. Un día de septiembre llegó a Madrid D. Benito Pérez Galdós.	6
FÉLIX MELENDO ABAB	Clausura de la Residencia de Verano en el Colegio de las Mercedes	10
JOSÉ MONTERO ALONSO	Villaviciosa, cárcel de Godoy	14
ANTONIO GULLÓN WALKER	Ruta Alcaláina	17
M.ª ROSA MAJÓ-FRAMIS	Estatuas en Madrid	33
	Taxis de Madrid para los ancianos de Aranjuez	37
	Madrid-Segovia, bajo la montaña	41
	El túnel, abierto	45
JOSÉ DE CÓRDOVA	Pensamientos famosos que no se han hecho famosos todavía	50
ANTONIO GULLÓN WALKER	Santa Teresa	51
M.ª ROSA MAJÓ-FRAMIS	Cooperación de la Sección Femenina: Capacitación religiosa, preparación político-social, conocimientos básicos para la ordenación de la familia	57
EDUARDO M. DEL PORTILLO	La casa solariega de Iván de Vargas	61
ANTONIO GULLÓN WALKER	Notas de un curioso. El mundo del futuro	68
	Información Provincial	69
JULIO ESCOBAR	El por qué de los Madriles	74
JUAN SAMPELAYO	Los amigos de los famosos y los museos íntimos	76
	Plenos de la Corporación Provincial	77
	Fotos: Loygorri y Leal.	

En el artículo titulado *Clausura de la Residencia de Verano en el Colegio de las Mercedes*, debido a un error de compaginación, aparecen invertidas las páginas 12 y 13, siendo la 12 la que le corresponde ser la 13.

Editorial

FRENTE A UNA CONMEMORACION

UN mismo fenómeno puede producir diferentes impresiones en diversas personas. Júbilo, indiferencia, dolor... La muerte de un año hace nacer en unos una esperanza, en otros sedimenta una nostalgia, pero todos, por unos momentos, paramos mientes en ese fenómeno cronológico que marca una huella en nuestras vidas. En el apretado haz de trescientos sesenta y cinco días va el hombre volcando su carga emocional, va desparramando el tesoro de su vida; ese tesoro que le fué entregado en depósito al nacer y que él va acrecentando con ilusiones, con amarguras, con alegrías y con dolor, hasta constituir lo que se llama una vida. Unas horas, unas breves horas, y habremos entrado en un nuevo año. Atrás quedará otra etapa. Concretamente para nosotros los españoles, de un quehacer anhelante e ilusionado que nos impusimos en una fecha histórica para rescatar, primero, nuestra Patria, y para conseguir, después, que esa Patria tuviese una vida digna, próspera, fiel a su historia y a su acervo espiritual, como nos ordenaron en su legado los muertos de nuestra Cruzada.

El próximo año sesenta y cuatro marca un hito en ese quehacer de los españoles. En él se cumplirán veinticinco años de la victoria de la auténtica España. Veinticinco años de que el clarín de la guerra cesó en su estridente alarma y empezaron a sonar las canciones de la paz. Veinticinco años de afanes, los mismos afanes anhelantes de la guerra, pero encaminados a restañar heridas, a levantar ruinas, a pacificar los espíritus, a crear riqueza. A hacer que la Patria dolorida y ensangrentada fuese el cálido hogar de todos los españoles. Una generación curtida en las trincheras y en las cárceles emprendió esta tarea y la fué transmitiendo, día tras día, a los nuevos hombres que alargaban su mano para coger la antorcha del relevo.

Vamos a conmemorar, ahora, los veinticinco años de una paz fecunda. Veinticinco años dedicados a una

tarea agotadora realizada al mismo ritmo, poniendo en ella el corazón y venciendo heroicamente en luchas incruentas, con que se fué rescatando palmo a palmo el suelo de España.

Vamos a conmemorar estos veinticinco años y podemos volver la vista atrás con orgullo. Podemos decir que hemos cumplido fielmente el legado que nos transmitieron nuestros muertos. Podemos exhibir ante el mundo la realidad de España. Veinticinco años de paz fecunda vividos austeramente como auténticos combatientes, afrontando incomprendiones, envidias; aislados del mundo en ocasiones, pero con el tesón y la fe de los iluminados. Y este tesón y esta fe han dado el feliz resultado de una Patria renacida y en marcha.

No son nuestras voces las que tienen que pregonar esta realidad. Es el mundo entero el que se inclina, convencido, ante ella. Son nuestros campos, nuestras fábricas, la sonrisa de nuestros hombres, hechos incontrovertibles, los que proclaman nuestro esfuerzo y nuestros resultados. Son gentes de todos los países los que vienen a nuestra Patria, muchos aún bajo la influencia de una propaganda hostil, y comprueban el renacer español. Podemos proclamar con orgullo que en estos veinticinco años hemos dado un paso de gigante en la tarea de rehacer España. No son solamente sus paisajes, su clima, los que atraen a esas gentes. Es una bandera de bienestar, de paz, de progreso la que ondea ante el mundo y proclama nuestra realidad. Realidad que no es local, ni está circunscrita a una actividad, sino que abarca la totalidad del vivir español.

Y a la cabeza de ese paso de gigante dado por España bajo la égida de Franco, ¿por qué no decirlo?, está Madrid y su provincia. Más de dos millones de habitantes sobre el asfalto madrileño, fisonomía de ciudad cosmopolita sin perder sus características, fabrica creando riquezas y llevando el pan a muchos hogares, paz y trabajo. Y una provincia llena de historia e incorporada también a esta marcha triunfal. Caminos, escuelas, centros sanitarios, luz, agua... Cultura, bienestar sobre los bellos paisajes de la provincia de Madrid, también rescatada y descubierta en muchos lugares antes desconocidos para los propios madrileños.

Por esto, la muerte del año sesenta y tres apenas si deja un poco de nostalgia en nosotros. Porque vamos a entrar en un año conmemorativo, y esta conmemoración es nada más, ni nada menos, que la de poder mostrar al mundo el resultado de veinticinco años de paz. Y si al plantar este hito de los veinticinco años miramos hacia atrás, nuestra fe se reforzará, nuestro afán se superará, porque veremos que, en un ambiente no muy propicio, esa fe y ese afán han dado un resultado que nos impulsa a seguir adelante de la mano segura de Francisco Franco.



LAS residencias próceres de Madrid tienen una historia tan limitada que, salvo tal cual reminiscencia, bien poco notable por cierto, del tiempo de los Austrias y los primeros Borbones, difícilmente habrá alguno que pase del siglo y medio. Uno tras otro van cayendo los palacios para dejar sitio a la nueva urbanización, y en ese saldo de la vieja arquitectura le toca ahora la vez al palacio de los duques de Medinaceli, uno de los más descollantes en la crónica de la antigua Villa y Corte. Tan de prisa ha ido la mudanza de las cosas, que apenas resta algo ya del Madrid de finales del siglo XIX y principios del XX, todavía con matices isabelinos, cafés a la francesa, quinqués de petróleo, mecheros de gas y saraos en casa de la marquesa de Esquilache, Madrid era entonces pequeño, de intimidad vecinal, de paseantes al sol por las aceras de la calle de Alcalá, de novias que «hablaban por los dedos» desde las ventanas y de niños que jugaban en el Prado, entre húsares de Pavía y coraceros de la Escolta Real. Un Madrid no mucho más incómodo que éste de hoy, pero encantador, absorbido por la ola de cemento en que naufragaron los palacios.

Tal y como lo entendían los abuelos de esta generación, el palacio es inadecuado a las exigencias de la vida actual, además de un lujo costosísimo, que no se mantiene únicamente de formas externas y requiere atención despierta para no estancarse en el pantano del anacronismo. Tenía que sucumbir al empuje del crecimiento y la transformación de la ciudad y sus costumbres, como se vinieron abajo tantas y tantas moradas edificadas en la Castellana por la alta burguesía. Si aún queda alguno habitado por sus titulares, la mayor parte ya no es más que epigrafiya en la prosa de los cronistas de Madrid.

Aún conoció esta juventud el palacio de los duques de Bailén, en la esquina de la calle de Alfonso XI, donde desde hace diez años se alza el edificio del Instituto Nacional de Previsión. Su construcción, a mediados del siglo pasado, fué un acontecimiento. Había en el pórtico, entre plantas tropicales, un narciso de mármol blanco y una columnata pompeyana; la escalera, también de mármol de Carrara, y en sus muros, el blasón de la estirpe; bellísimas pinturas de Salas y de Domingo en los medios puntos de la sala de baile; techos decorados por Rosales y Contreras; tapices de Goya y de Bayeu, muebles de ébano incrustado de marfil, estatuas de Suñol y de Benlliure, arañas de cristal de roca, porcelanas de Sajonia, galería espléndida de cuadros, en que no faltaban un Murillo, un Goya y un Fortuny, entre lien-



Palacio del Duque de Medinaceli. (FOTO LEAL)

Acabamiento y mudanza de los Palacios madrileños

Más de treinta han desaparecido desde el término de la guerra
El de los duques de Medinaceli será derribado ahora

zos de Palmaroli, Pradilla, Muñoz Degrain, Madrazo, Vicente López y tantos otros maestros de la época... Una obra deslumbradora, debida a los artistas más afamados, derribada a golpes de piqueta y que en buena parte fué a parar a los baratillos del Rastro.

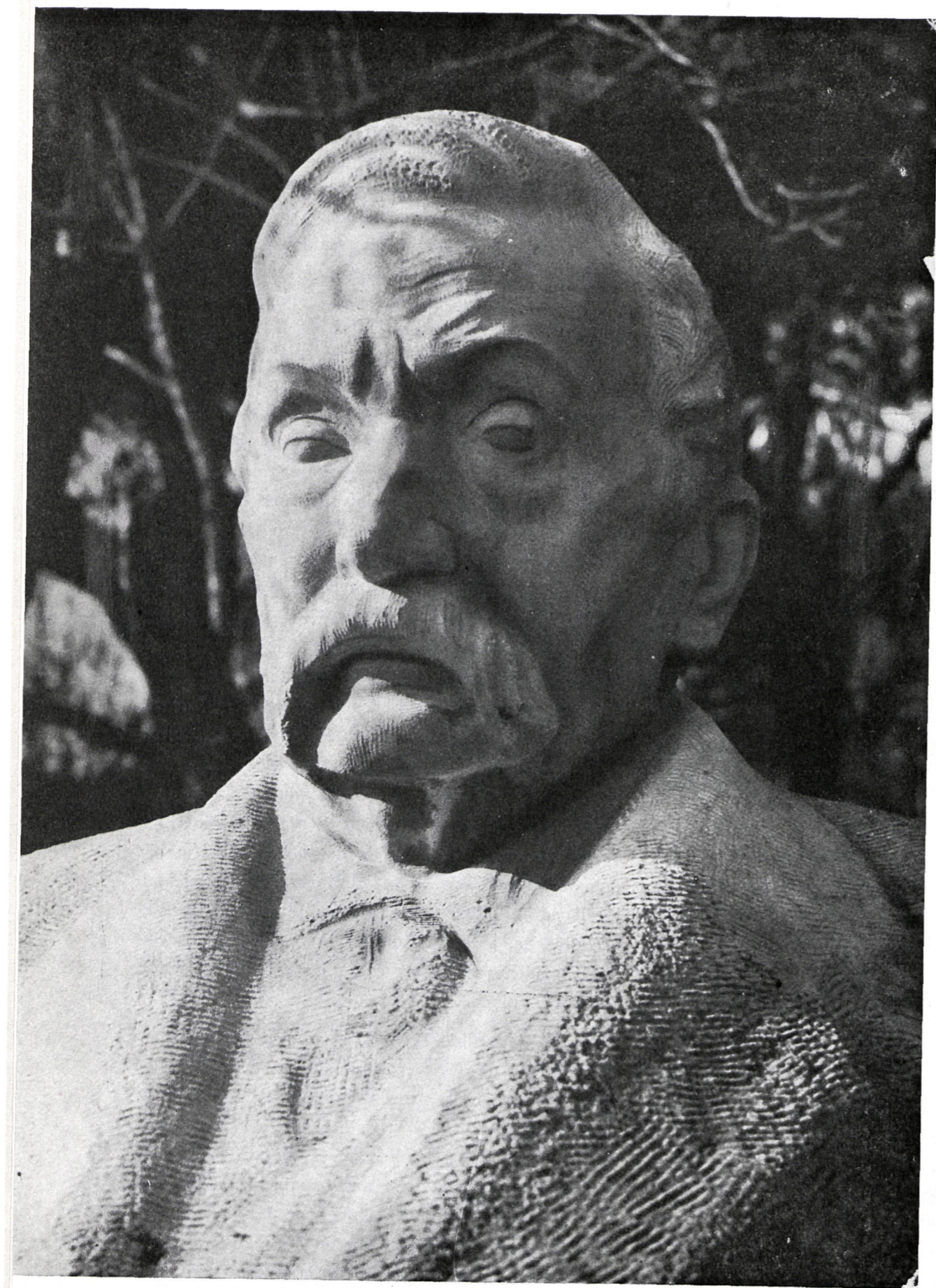
Otros palacios tuvieron mejor suerte: el de los duques de Santoña, en la calle del Príncipe, esquina a la de las Huertas, adquirido por Saint Aubin, residencia después de la duquesa de Canalejas y ocupado desde 1938 por la Cámara de la Industria, que lo conserva celosamente. En la fachada de la calle del Príncipe, una lápida advierte que la portada es seguramente obra de Ribera, ejecutada en tiempos de Felipe V, y está franca la entrada a quien desee ver la escalera de mármol de Italia, con dos leones atribuidos a Cánova, y ios salones decorados por pintores de la segunda mitad del siglo pasado. El palacio de Cervellón, de los duques de Fernán Núñez, en la calle de Santa Isabel, respetuosamente tratado por la Renfe, que tiene allí su Consejo de Administración; el de Viana, residencia del Ministro de Asuntos Exteriores; el de Villamejor, donde está instalada la Presidencia del Gobierno; el de Parcent, donde estuvo el Ministerio de Trabajo; el de Bauer, ocupado por el Conservatorio; el del infante don Carlos, adquirido por don Juan March...

Acaso ningún palacio madrileño haya igualado, por su noble traza y su riqueza inferior, al de los marqueses de Linares, en la esquina de Recoletos y la calle de Alcalá, cerrado durante muchos años a causa de una contingencia dramática de carácter familiar y transformado años atrás en oficinas de la Transmediterránea. «Templo de las bellas artes contemporáneas», le llamó Montecristo, y atinado anduvo. En su fastuoso decorado intervinieron Pradilla, Ferrant, Gessa, Palenzuela, Américo, Domínguez, Luis Alvarez y Suñol. La barandilla de la escalera, admirable guirnalda de flores y frutas, en mármol italiano, con medallones de bronce; los herrajes labrados como joyas; las puertas de caoba, las jardineras de alabastro, los artesonados, las pinturas de techos y paredes, las tapicerías de Gobelinos y de Aubusson, las sedas bordadas, las alfombras, las lámparas, los cuadros y las esculturas hacían de ese palacio una mansión de cuento de hadas incomparable, en que todo, desde los muebles de Vernis Martin a los candelabros de plata oxidada, premiados en la Exposición de París, respondía al gusto más refinado. Como el de Bailén, bien merecía el palacio de Linares haber permanecido según estaba, a la manera del de Cerralbo, trocado en museo por decisión de su legatario.

Peor destino hubo el de Lecera —calle de San Bernardo, frente a la casona en que vivió don Rodrigo Calderón, valido de Felipe III, mandado ahorcar por Felipe IV—, que vino a dar en oficinas de Abastecimientos y Transportes. Y peor aún el de la calle de la Luna, donde el conde de Sástago y marqués de Monistrol sentaba a su mesa a escritores y artistas. La espléndida morada, restaurada a finales del XIX con dos miradores de piedra, traídos de la «Torre Blanca», de Cataluña; sus salones brillantemente decorados, en que las mujeres más hermosas interpretaban cuadros vivos poco antes de la muerte prematura del conde don Joaquín Escribá de Romaní y Fernández de Córdoba los cerrase para siempre en 1897, no son más que almacenes comerciales de tejidos y muebles. Y muchísimo peor el de la calle de Segovia, de los príncipes de Anglona, primero; del duque de Osuna, después, y últimamente de los marqueses de la Romana, que celebraban fiestas magníficas, a las que era más difícil ser invitado que al palacio de Oriente. Una de ellas, el «baile de cabezas» en que los caballeros vestían de frac rojo y las damas eran copia de retratos de Nattier, Latour, Droyaus y Vigée-Lebrun, fué lo más notable de su tiempo. Sólo quedan las paredes de aquella residencia elegantísima; del amplio vestíbulo amueblado con sillones blasonados, de la blanca galería de cuadros valiosísimos, del comedor con anaqueleras que almacenaban una regia colección de plata repujada, de la sala de baile, del soberbio despacho, de los gabinetes suntuosísimos... La administración municipal ha llenado el palacio con un enredijo de covachuelas, cacarañadas, feas y tristes que hubiesen tenido acomodo más apropiado en cualquier casa de corredor sórdida y ruinosa.

No se ha perdido del todo el amor a los palacios. Los duques de Alba, continuadores de la obra de su antecesor ilustre, reconstruyeron el de Liria, y el del Infantado, fiel a la tradición de su casa vinculada a las Vistillas, donde en el siglo XVIII tenía su solar, ha edificado un nuevo palacio, en la calle de Don Pedro e inmediaciones de la plaza de la Cebada. Mas tal prisa se dieron las manos demolidoras que, desde el término de la guerra para acá, más de treinta palacios fueron raídos de la arquitectura madrileña, en la que nada recuerda ahora la época romántica del miriñaque, las tonadillas de la Caramba y la academia de baile de Besuguillo.

M. BARBEITO HERRERA



UN CENTENARIO

Galdós, fragmento de su estatua en el Retiro de Madrid, obra en piedra de Victorio Macho.

I

Pronto se cumplirán cien años. Una mañana pretoñal de 1863 tomaba pasaje, un modesto pasaje, en el puerto de Las Palmas, en un barco de aquellos que en el siglo pasado fletaba la Compañía Transatlántica y desafiaban las corrientes contrarias del Estrecho de Gibraltar, aprovechando el buen tiempo, que ya caminaba hacia su fin, un joven alto, delgado, moreno, de ojos entre azules y grises, como el mar y las palmeras de su tierra nativa, que venía a la conquista de Madrid. Pero si con la gloria ganada con lápices y pinceles y una veintena de comedias, no con la que le guardaba en el rincón de una casa de huéspedes "de estudiante", en la calle del Olivo, hoy de Mesonero Romanos, cercana a la desaparecida de Hilario Peñasco, que se llevó el vendaval de los derribos de la Gran Vía.

El joven canario, tres días más tarde, ponía su planta en las doradas arenas de la antigua Gádex, patria ilustre de los dorios, que la antigüedad clásica señala como la entrada al Jardín de las Hespérides, donde los dioses regalaban a Hércules con manzanas de oro.

Fué, pues, Cádiz la primera ciudad peninsular que don Benito Pérez Galdós pisaba en esta aventura por la gloria.

El primer libro que don Benito publicó fué "La Fontana de Oro", a la que siguió "El Audaz".

Luego dió a la estampa la serie de las "Novelas Españolas". Mas la fama y la popularidad no habían de llegar hasta los "Episodios Nacionales".

Sin embargo, y pese a la impresión

que produjeron en el ámbito literario las aventuras de Gabriel Araceli y Salvador Monsalud, héroes de las dos primeras series de los "Episodios Nacionales", que la juventud actual desconoce, yo estimo que en cuanto a calidad literaria les superan las llamadas "novelas españolas", algunas de las cuales dieron lugar a controversias apasionadas, como "Electra", "Doña Perfecta" y "Fortunata y Jacinta".

"La Fontana de Oro" —su primer libro— es, más que una novela, la crónica de un café famoso sito en la Carrera de San Jerónimo, muy cerca de la vieja calle de Cedaceros, donde se reunía una juventud que ardía en sentimientos revolucionarios.

"Torquemada", cuatro novelas en una, es el retrato de un hombre que pasa por violentos estados anímicos. "Misericordia", el de una buena y abnegada mujer del Madrid bajo; así como "Fortunata y Jacinta", la lucha de los sentimientos entre una joven madrileña del pueblo y una señorita de la "clase media". Y "Gloria", la pugna entre dos religiones.

El éxito popular y patriotero de los "Episodios Nacionales", oscureció los valores puros de las "novelas españolas".

Don Benito se incorporó al teatro con una comedia que aumentó su fama y acrecentó las polémicas en torno a su literatura. Me refiero a "Realidad", seguida de "La loca de la casa", "Doña Perfecta", "Los condenados", "Casandra"... La noche del estreno de "Electra" Madrid fué un volcán de pasión política. Y sin embargo, don Benito no fué nunca un verdadero político. Recogió, eso sí, la vida apasionada y rebelde del pueblo que hizo suyo, donde constituyó su

hogar. Fué, más que otra cosa, el fiel notario de una época y de una sociedad que retrató con trazos vigorosos. Pero no fué demiurgo de sus personajes.

Hasta que dió su obra escénica "El abuelo". Lo estrenó don Fernando Díaz de Mendoza, y años después se convirtió en la "piedra de toque" del dramático repertorio de don Enrique Borrás. El cual prestó a su personaje aquel excepcional vigor que poseía, tan contrario a la blandura del murciano Díaz de Mendoza, acertando a darle al Conde de Alfrít rasgos eternos de tragedia clásica. A don Benito le iba a tocar vivir varios capítulos de Historia de España: la pérdida de las Colonias, la viudedad de María Cristina, Cánovas, la Regencia...

¿Cómo vivió don Benito en aquel Madrid?

¿Cómo era aquel Madrid?...

Pero esto lo diré más adelante.

II

EL MADRID QUE VIVIO GALDOS

Los episodios de su gloriosa vida son éstos:

1843.—Nace en Las Palmas.

1863.—Viene a conquistar Madrid. Tiene veinte años. Madrid, en primer lugar, le conquista a él y más tarde se le rinde.

Se hospeda, por razón de paisanaje, he dicho antes, en una casa de huéspedes de la calle del Olivo (actual de Mesonero Romanos). Aquella casa estaba en la parte de los derribos de la Gran Vía, no respetaron la casa de "El Imparcial", el de los tiempos de Ortega y Munilla, de Ma-

Un día de septiembre de 1863 llega Madrid don **BENITO PEREZ GALDOS**

riano de Cavia y de mi tío Eduardo Muñoz, "N. N." También desapareció la calle de Hilario Peñasco y parte de la de Jácome Trezzo, nombre del platero de Felipe II.

1865.—En el mes de abril se produce "La noche de San Daniel", y don Benito es estudiante de Derecho en la Universidad Central y redactor, ya, de "La Nación", donde hace crítica musical, asiduo como es del "paraíso" del teatro Real. No se libra —declara en sus Memorias— de los "internazos" que reparte la Guardia Veterana, expresión que él emplea.

Su vida en este tiempo la distribuye así: asistencia a las clases de la Facultad de Derecho. Concurrencia al billar de la calle de la Luna.

Correrías por Madrid.

Tertulia en el café Universal, de la Puerta del Sol, con paisanos.

Vigía de la vida madrileña en el café "El Gallo de Oro", de la plaza Mayor, de cuya atalaya va a salir, con el tiempo, "Fortunata y Jacinta", conceptuada como la mejor novela madrileña.

1868.—Aparece su primera novela, "La Fontana de Oro".

1869.—Entra en el periódico "Revista Española", de José Luis Albareda, donde publica "El Audaz".

1875.—Aparece el primer volumen de los "Episodios Nacionales": "Trafalgar".

1877.—Publica "Gloria", su tercera "novela española".

1878.—Da a la estampa "Marianela".

1885.—El mismo Albareda le señala a Sagasta para diputado por Puerto Rico, en la legislatura siguiente.

1890.—Colabora en "La Ilustración Española y Americana", donde conoce a Castelar, a Núñez de Arce, a Campoamor y otros prohombres.

1891.—Emilio Mario, director y empresario del teatro de la Comedia, le pide que arregle su novela dialogada "Realidad" para la escena, que protagoniza María Guerrero.

1892.—Escribe y estrena "La loca de la casa", también para la Guerrero.

1894 y 95.—Produce, en una labor fecundísima, "Novelas Españolas", "Episodios Nacionales" y obras escénicas.

Al teatro da, casi sin respiro, "La de San Quintín", "La fiera", "Voluntad" (cuyo éxito, dice en sus "Memorias", no pasó de regular), "Electra", "Los condenados", "El Abuelo", que, como "Doña Perfecta" y "Realidad", nació novela.

Se le combate por sus obras, que la fama trae y lleva, "Electra", "Cassandra", "Fortunata y Jacinta", "La fiera". Repito que lo mejor de su obra está en las Novelas Españolas. La más famosa, sin embargo, son los "Episodios Nacionales".

En las filas sagastinas se engendra la amistad con don Antonio Maura, que le lleva a la Academia Española. En ésta apadrina a otro amigo íntimo, el novelista montañés don José María de Pereda. Son sus amigos predilectos Navarro Ledesma y Meléndez Pelayo.

Como diputado, no pronuncia en el Congreso ni un sólo discurso. En los mítines es un espectador silencioso, una esfinge del género masculino.

Escribe en sus últimos años "Santa Juana de Castilla", que estrena el año 16 Margarita Xirgu. La última obra publicada es "Mis Memorias".

Muere a los setenta y siete años en Madrid, su pueblo de adopción, en un hotel propiedad de su sobrina Hurtado de Mendoza, en la calle de Hilarión Eslava.

III

GALDOS EN MADRID

Con el ademán y el paso indeciso a que le obligaba la falta de luz en sus grises pupilas, iba avanzando don Benito Pérez Galdós por aquel estre-

cho pasillo que comunicaba el escenario con el saloncillo del Español, flanqueado por las puertas de algunos camerinos, y el cuarto que comunicaba con el palco entresuelo destinado entonces a las autoridades municipales y a Dirección.

Le conducían doña Carmen Cobeña y don Federico Oliver, y les seguía en su lento paso el actor Leovigildo Ruiz Tatay. Era la noche en que se había verificado la "revisión" de la comedia "Los condenados", por adhesión entusiasta de aquel dramaturgo sevillano, que empezó su carrera artística como escultor y dió a la escena "La muralla" (primera vez que este título figuró en los carteles), "Aníbal" y "Los semidioses", entre otros.

Aunque la historia habla de la llegada a Madrid el 13 de septiembre de 1863, un año antes se matriculaba en la Facultad de Derecho de la Universidad de Madrid; la fecha del 13 de septiembre es la de su residencia definitiva.

Antes de dedicarse a la novela, hizo periodismo, encargándose de la crítica musical, en un diario de aquella época llamado "La Nación".

Escribió posteriormente artículos políticos y de costumbres en "Las Cortes" y "Las Novedades"; en las revistas "La Guirnalda" y "La Ilustración Española y Americana", y fué director del primer diario que llevó el título de "El Debate".

Todos estos periódicos son de fines del siglo XIX, de su último cuarto de siglo. En el siguiente, su firma apareció en la gran revista moderna "La Esfera", fundada por don Francisco Verdugo y don Mariano Zabala.

Titulado Bachiller en La Laguna, tuvo inclinación al dibujo.

Había nacido en 1843, se matriculó en la Universidad madrileña en 1862. Vino a la entonces Villa Corte en 1863, y pagó su tributo a la tierra el 4 de enero de 1920.